

Allí, cortada, como la sombra de una talla de ébano sobre un fondo resplandeciente, vi, sobre el peñasco, la estampa de un hombre. No crea que fue una alucinación, Holmes. Le afirmo que jamás en mi vida vi nada con mayor claridad. Hasta donde puedo suponer, era la estampa de un hombre alto y flaco. Tenía las piernas algo separadas, se hallaba con los brazos cruzados y ladeaba la cabeza como si estuviera pensando en el inconmensurable desierto de turba y piedra que había a su espalda. Podía ser el mismo espíritu de ese espantoso lugar. Por supuesto, no era el prófugo. Aquel hombre estaba muy lejos del sitio donde el otro se había desvanecido.

Aparte, era de mucha mayor altura. Con una interjección de sorpresa, quise señalárselo al baronet, pero en el exacto momento en que me di vuelta para asirlo del brazo, la imagen se esfumó. La cumbre serrada del peñasco continuaba recortando la parte inferior de la luna, pero ya no había ni la menor huella de la estampa silente y quieta.

Tuve la intención de ir en esa dirección e indagar en los alrededores del peñasco, pero era bastante lejos. El baronet continuaba muy tensionado, a causa de aquel aullido que le había rememorado la tenebrosa historia familiar y no se hallaba con predispoción para nuevas expediciones. Además, tampoco había observado al hombre solitario

